

Formación
Permanente
2021



Cultura del corazón en san Agustín
Reflexiones sobre su experiencia

CULTURA DEL CORAZÓN EN SAN AGUSTÍN
REFLEXIONES SOBRE SU EXPERIENCIA

Mi reflexión no es el resultado de una investigación sobre la cultura¹ en general, sino el rescoldo sugerente que queda al adentrarse sin prejuicios en el mundo del *diálogo con la cultura* desde la experiencia de Agustín. No es bueno, y además es imposible, aislarse del mundo en que se vive; o sea, que hemos nacido en una plataforma en la que cada uno es parte necesaria de un juego vital en el que hay que estar preparados para dar y para recibir a partes desiguales. Lo de *recibir* lo podemos traducir como un afán de *búsqueda*, que nos viene de serie como impulso genético que nos prepara para cubrir deficiencias y llenar los vacíos con que nacemos y crecemos. Lo de *dar* ya es más elaborado. Supone de entrada un tomar conciencia de que no estamos solos, sino que compartimos espacio, vida y libertad con quienes están a nuestro lado. Necesitamos entendernos, llegar a un acuerdo razonable para habitar en paz en la casa común sin exclusiones y en prestación mutua de servicios. Todo irá bien, si estamos decididos a convertirnos en un *don*, que es una forma inteligente de invertir en la esperanza de que los otros también jueguen su carta con lealtad. Lo cierto es que las expectativas no siempre resultan confirmadas por la realidad. De ahí, la experiencia frustrante del desencuentro. Esa es la esencia del diálogo.

¹ No me preocupa ahora la definición de cultura ni pretendo adentrarme en el mundo de la cultura en la época de Agustín. A los interesados en ese tipo de estudios los remito a otras fuentes. José Oroz Reta, *San Agustín. Cultura clásica y cristianismo*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1988; Pedro Langa, *San Agustín y la cultura*, Editorial Revista Agustiniiana, Madrid 1998. Me muevo en la línea del papa Francisco, cuando escribe sobre la cultura como forma de vivir: “La palabra ‘cultura’ indica algo que ha penetrado en el pueblo, en sus convicciones más entrañables y en su estilo de vida. Si hablamos de una ‘cultura’ en el pueblo, eso es más que una idea o una abstracción. Incluye las ganas, el entusiasmo y finalmente una forma de vivir” (Ft 216).

Agustín comprendió muy pronto que la vida es encuentro y se apuntó sin más al primer movimiento del juego, a la salida, y destacó desde muy joven como buscador en todas las ferias del sentido y del saber. Lo que no advirtió de inmediato fue el riesgo de salir (*foras ire*). Más adelante lo tendrá muy en cuenta y dará el frenazo, para iniciar el camino del regreso a la casa del corazón (*in teipsum redi*). No resulta nada fácil conjugar la doble dimensión del diálogo: *dar y recibir*, salir sin dejar de estar dentro, buscar no para perderse fuera, sino para madurar dentro, abrirse sin olvidar el bien común de la verdad, decir sí y aceptar al interlocutor, y al mismo tiempo reafirmarse en la propia identidad inalienable. Agustín fue pasando de una en una por todas las etapas, eliminando las que no llenaban el vacío que llevaba dentro. Así resume él la razón del desconcierto:

Pero ¿dónde estaba yo cuando te buscaba? Cierto que tú estabas dentro de mí, pero como yo había huido de mí mismo, no me encontraba. ¿Cómo iba a encontrarte a ti? (*conf.* 5,2,2).

¡Que incoherencia en un hombre tan inteligente como Agustín! Pero así lo confiesa él, como expresión de que la vida con frecuencia escapa a la lógica racional.

Es tan seductora la perspectiva que se abre al adentrarse en la dinámica del diálogo que se corre el peligro de perderse en la salida, sin encontrar la vía de retorno. Tal vez por eso, el Agustín escarmentado avisa con su famoso *noli foras ire*, al tiempo que oferta como clave el *in teipsum redi*. O sea, que la conquista de lo realmente bueno y constructivo de la persona no es una presa exquisita que se caza en el exterior, sino el resultado de un encuentro que se fragua dentro de uno mismo. No se trata de ir a ninguna parte, sino de saber estar donde te han plantado y, desde ahí, abrir ventanas al mundo, pero sin perder nunca contacto con el punto de partida, porque te hace falta para ‘regresar a casa’ después de cada salida. Es muy peligroso salir sin llevar a mano y, sobre todo, en el corazón la contraseña para no errar en el regreso. “Se trata de mirar dentro, para luego poder mirar fuera desde dentro” (Pablo d’Ors).

Voy a intentar seguir los pasos de Agustín en sus movimientos de salida, arrastrado por los guiños seductores que le hablaban con promesas de cultura y plenitud. Su inteligencia estaba abierta a un torrente de llamadas, que atizaban su corazón con reclamos continuos ya desde su juventud. Y sin la solera imprescindible de la posesión de la verdad, su corazón apasionado comenzó a salir y a resbalar hasta caer. Tomó conciencia de su error. Cada vez sentía más sed y deseos de calmarla: “Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (*conf.* 1,1,1).

Muy pronto, sin pensarlo mucho, se montó en el carro de la vida, sin medir bien los riesgos. Pensó que con ‘salir’ ya tenía resuelto el problema de la soledad del corazón. No había caído en la cuenta de que no es lo mismo apacentar los sentidos y azucar las pasiones que saciar el corazón; y se adentró en la feria de las

frivolidades y experiencias sensoriales. La alarma de su corazón inquieto lo despertó. No había ganado mucho en la salida; lo que necesitaba era un careo con la verdad, sin la que es imposible hallar descanso, sosiego y paz. Lo dirá más tarde con matices de conquista:

El descanso no está donde lo buscáis. Buscad lo que buscáis, pero que conste que no está donde lo buscáis. Estáis buscando la vida en la región de la muerte. No está allí. ¿Cómo va a haber allí vida feliz, si ni siquiera hay vida? (*conf.* 4,12,18).

Un recorrido, sobre todo a través de su autobiografía en *Las confesiones*, nos permite ver la miseria y la grandeza a la vez de quien dialogó al límite con el mundo y la cultura de su tiempo, y que al final descubrió que el diálogo no es olvidarse de sí mismo, no es ruptura con la propia identidad, ni renunciar a la verdad, dejándose arrastrar por cantos de sirenas, sino abrir ventanas más para dar que para recibir. Y, sobre todo, llegó a entender que el diálogo es una herramienta para construir desde la verdad tu propia casa y colaborar en la cimentación de la del prójimo. Por eso, con lo aprendido en propia carne, más adelante, ya maduro, aceptó ponerse al servicio de la Iglesia como sacerdote y como obispo. Su experiencia nos puede servir para entender nuestros problemas y no repetir errores.

PASOS DEL PROCESO VITAL DE AGUSTÍN

Agustín vive inmerso en una cultura

Agustín se enredó como cualquier otro joven de su tiempo en los lazos del amor: “¿Qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado?” (*conf.* 2,2,2). Buscó el máximo de esa oferta estimulante y prometedora, y fruto de esa experiencia nació su hijo Adeodato, que ocupará un lugar más en su vida; pero ni el hijo ni la madre consiguieron llenar sus aspiraciones mucho más profundas.

Entró en contacto con la cultura de su tiempo, que le permitió leer y disfrutar de los clásicos. Se sintió dueño de un saber que lo colocó en la parte alta de la sociedad. Para ir aclarando sus dudas razonables, entró en contacto con quienes le ofrecían respuestas que, al final, nunca llegarán, como en el caso de su esperado encuentro con el profesor Fausto. Contará con la suerte de encontrar amigos que le abren la puerta de un mundo nuevo, más amplio y estimulante: los neoplatónicos, que lo elevan a un mundo superior de conocimientos filosóficos. Y, sobre todo, consiguió rodearse de amigos, con quienes pudo reflexionar sobre principios y verdades últimas. Con ellos formó un cenáculo de reflexión en Casiciaco, antesala de un encuentro que cambiará su vida.

Inteligente y decidido, Agustín se interesó por la literatura, la gramática y la retórica, hasta llegar a ser profesor en Roma y maestro de elocuencia, por lo que, en parte gracias a su amigo el prefecto de Roma Símaco, fue nombrado maestro de retórica en Milán, lo que le abrió el camino para llegar a ser orador imperial. Destaca

como conocedor de los clásicos y de los neoplatónicos, que le ayudaron a resolver el problema del materialismo y del mal. Es un maestro en el arte de la palabra, sabe vender sus conocimientos, pero no vive con gozo lo que tiene y se siente desilusionado internamente insatisfecho, y así lo reconoce al describir la escena del mendigo feliz:

Mi sueño dorado eran los honores, las riquezas y el matrimonio. Y tú te reías de mí... ¡Qué desgraciado era yo entonces!... Estando mi corazón desolado por preocupaciones y consumido por la fiebre de pensamientos corrompidos, al cruzar por un barrio milanés me tropecé con un pobre mendigo, creo que bastante bebido, pero que se estaba divirtiendo de lo lindo... El mendigo de marras no disfrutaba de la auténtica alegría, pero la que yo andaba buscando con mis ambiciones era mucho más falsa aún (*conf.* 6,6,9).

Agustín se desenvuelve con éxito en consonancia con el ambiente en el que vive. Pero esa experiencia le resulta indigesta e inquietante. Se deja llevar por el ambiente, por el peso de sus deseos y pasiones. Al final, cae en las redes de una forma de vida (cultura al fin), que no clarifica su *mente* lúcida, crítica y exigente ni le pacifica el *corazón*, que explotaba por el desorden interior:

Mi espíritu vibraba indignado, con una rabia que era un auténtico torbellino, y todo porque no acaba de llegar a un acuerdo contigo, Dios mío (*conf.* 8,8,19).

Por la pista de la razón le entran el saber y el conocimiento de los clásicos y de la filosofía, que le llenan la mente de conceptos. Mas su vida no se contenta con un saber desconectado de la vida, aunque escale las cimas más altas de la sociedad. La otra dimensión, la que sacia el corazón y lo libera de inquietudes, no corre paralela del saber. En el caso de Agustín se convierte en pesadilla.

Para Agustín la cultura no es solo (ni principalmente) una forma de adentrarse fríamente en el mundo del saber para almacenar conocimientos, sino, sobre todo, una decisión de lanzarse al ruedo de la vida para llenarse de experiencias compartidas. Basta leer sus *Confesiones*. Todo su saber está coloreado de reflexiones que matizan situaciones, éxitos y fracasos, interpretados desde una perspectiva no aprendida en las fuentes de los clásicos. Su vida aparece como un *proceso*, en el que hay un primer movimiento de *salida para buscar*, una *experiencia frustrante* que lo inquieta y desasosiega cada vez más y que lo fuerza a seguir buscando, hasta que *se encuentra* con Alguien que lo está buscando a él:

Te invoco, Dios mío, misericordia mía, que me has creado y que no me has olvidado cuando yo me había olvidado de ti... No abandones a quien ahora te invoca. Tú que, antes de que te invocara, me has prevenido y has insistido menudeando tus llamadas de varias formas, para que te oyera desde lejos, me volviese y te llamara a ti, que me llamabas a mí (*conf.* 13,1,1).

Tus palabras se habían adherido a mis entrañas y el asedio que me habías puesto era total (*conf.* 8,1,1).

Al final, en parte por su honradez de buscador infatigable y, sobre todo, por el amor misericordioso del Padre, se da el *encuentro* con la verdad, que liquida su pasado, da sentido a su presente y lo compromete para una empresa de futuro.

La salida como búsqueda

El joven Agustín responde a la *llamada exterior* de ofertas sobre todo sensoriales:

Llegué a Cartago, y a mi alrededor chirriaba por doquier aquella sartén de amores depravados... Mi alma no gozaba de buena salud y me lanzaba hacia el exterior hecha una pura llaga, con la mezquina avidez de restregarse en las realidades sensoriales (*conf.* 3,1,1).

Con esta avidez descontrolada, Agustín “en estado de efervescencia”, y “siguiendo los impulsos de (su) dispersión” (*conf.* 2,2,4), se alejó de Dios, anduvo errante y se convirtió en un “paraje miserable” (*conf.* 2, 10,18). Es el destino de una salida no adecuadamente preparada.

En Roma se encariña con la cultura y la enseñanza, y en Millán se siente arrastrado por la gloria y el honor. Esta etapa, larga y dolorosa que dura hasta su conversión, lo mantiene atento a toda oferta que pueda saciar su hambre de verdad, pero termina con sensación clara de fracaso, y así se lo confiesa a su amigo Alipio.

Pero ¿qué es lo que nos pasa? ¿Qué significan esas palabras que acabas de oír? (el relato de Ponticiano sobre las comunidades monásticas y un monasterio extramuros en Milán). Se levantan los indoctos y conquistan el cielo, y ahí tienes: nosotros, con toda nuestra ciencia, pero sin corazón, nos revolcamos en la carne y en la sangre (*conf.* 8,8,19).

Agustín no da con la clave, en parte por su orgullo, que lo ciega e impide hallar la puerta. Vueltas y más vueltas, no encuentra reposo, porque en su búsqueda había descartado una pista de acceso a la verdad: la lectura de la Biblia, que por su estilo pobre, en comparación con los clásicos, le parecía inaceptable. Y, sin embargo, al final será un pasaje de Pablo quien le descubra el camino.

En diálogo con todo lo que le sale al paso

Al joven Agustín le resulta asfixiante el ambiente de su pueblo y le agobia la disciplina familiar; sobre todo no soporta las continuas advertencias moralizantes de su madre Mónica. Por fin logra alejarse del hogar y con sensación de libertad pasea y se divierte en Cartago entre los jóvenes de su edad. Tal vez no aprenda mucho, pero se siente libre. Sin reparos ajenos y sin criterio comparte sentimientos con una joven, que será la madre de su hijo Adeodato. Nada extraño y, a la vez, poco consistente. No pasa de ser una experiencia poco iluminada, pues en ese momento su conciencia no está preparada para ordenar su vida en un amor fiel.

Tal vez le preocupan más otros problemas que hurgan en su mente, como la búsqueda incansable de una respuesta al problema de la verdad o la explicación de la existencia del mal. Aquí sí parece que necesita y busca una respuesta. Se abre un capítulo nuevo en su preocupación intelectual. Es patente la importancia que le da en sus *Confesiones*. Quiere encontrarse con quien (le dicen) puede explicarle la parte oscura del problema. Según sus sondeos, un tal Fausto podría darle una explicación razonable que acabe con sus dudas sobre el maniqueísmo. Después de mucho esperar un encuentro con Fausto, confesará su desilusión: esperaba una respuesta sólida de un vendedor de palabras.

Cada vez más desconfiado por sus experiencias negativas, en Milán va a tener una doble oportunidad. Ya no está para perder el tiempo en más ensayos. Su corazón está roto por dentro y necesita la paz, que ciertamente no va a encontrar en el entorno de los intereses palaciegos, al que tiene acceso, sino en el recogimiento de Casiciaco, donde va a poder encontrarse con amigos que se interesan por la verdad y que, como él, están de vuelta de tanto salir sin encontrar. Al mismo tiempo, por fortuna, ha oído hablar de Ambrosio, obispo de Milán, de reconocido prestigio intelectual. No tiene claro lo que puede esperar de un encuentro con él, pero le solicita audiencia.

Agustín actuaba en cada movimiento convencido de que era él quien iba a encontrar la clave de su vida y así resolver sus problemas. Este esquema formaba parte de una cultura en la que la búsqueda era una invitación a encontrar fuera lo que al final descubrirá que estaba dentro. Tendrá que esperar el toque de la gracia, en el que va a descubrir la fuerza arrolladora de un *encuentro* en el que lo más importante te viene dado. Para nada podía imaginar que una voz desconocida en el jardín de Casiciaco lo iba a sacar de su ignorancia. Esa voz lo remitía a la palabra del Dios amigo, servida por el apóstol Pablo.

Nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no deis pábulo a la carne siguiendo sus deseos (Rom 13,13-14).

La pregunta del millón: ¿Quién buscaba a quién? Y ¿por qué se dio el encuentro, después de tanto devaneo, escapadas y soberbia?

Regreso al corazón

La vida en el exterior le ha posibilitado a Agustín muchas y valiosas experiencias que le han dejado huella. Su registro en la memoria y a flor de piel serán documentos valiosísimos de primera mano que le van a servir durante toda su vida. Lo que no aprendió en la cultura de los libros lo va a descubrir al regresar a la intimidad del corazón, donde se va a encontrar con la verdad. Aquí se va a fraguar la *cultura de la interioridad, del encuentro y del corazón*. Ya no hablará o escribirá de oídas, conceptualmente, como quien simplemente exporta su *saber*, sino con el corazón en la mano, desde el *dolor* de quien se ha sentido lejos de Dios, perdido “en la región de la desemejanza” (*conf. 7,10,16*), y desde la *alegría* de quien le da gracias “porque descongelaste mis pecados” (*conf. 2,7,15*).

En el análisis de la vida de Agustín nos encontramos con la *dispersión*, como desparramamiento del alma, que pierde su unidad y consistencia interior, al dejarse llevar por los sentidos, la curiosidad, la avaricia y la lujuria –agentes de la soberbia– y al apegarse a las cosas. La dispersión es pérdida de la unidad interior del alma y del corazón, para caer y dividirse en lo temporal y material. Este desmoronamiento de nuestra unidad íntima desasosiega e inquieta el corazón y así, lejos de Dios, divididos y fraccionados por las cosas, resulta que toda abundancia que no sea Dios

es indigencia (*conf.* 13,8,9), hasta que descansemos de nuevo en Dios, uno y bueno –*Deus une bone*– (*conf.* 13,38,53).

San Agustín ha escrito desde la experiencia personal de sus años de ‘indigencia’ (*conf.* 13,8,9) y ‘copiosa penuria’ (*v. rel.* 21,41), mientras corre en pos de esto y de lo otro, y todo se le escurre de las manos (*v. rel.* 21,41). Ha vivido la dolorosa experiencia de la dispersión y de la pérdida de la unidad interior hasta sufrir hambre y sed no apagadas con ninguna realidad creada.

Tanto la persona individual como la comunidad, si se encierran en sí mismas o se enredan o esclavizan de las cosas, dejan de ser fecundas y su vida se desvanece y se desploma por falta de unión con el tronco y raíz de la vida. Cuando huyen de sí mismas y por lo mismo de la unidad en Dios, ya lo tienen todo perdido; su vida es como una casa en ruinas, deshabitada por el Espíritu y privada del amor que le da impulso y coherencia. Desde esta *soledad infecunda*, perdida en la multiplicidad de los sentidos y siempre a la caza de momentos, de detalles y de sensaciones placenteras —sometida al afán intransigente de los sentidos—, no es posible la paz ni la felicidad.

Por eso, si en tu interior como persona y en tu comunidad quieres ser feliz –“y no existe en realidad razón alguna para filosofar más que esta: lograr el hombre su felicidad” (*ciu.* 19,1,3)–, “entra dentro, no busques el gozo en lo exterior” (*s.* 255,6), pues” la felicidad no la conocemos ni experimentamos mediante los sentidos corporales” (*conf.* 10,21,30).

San Agustín enseña a recoger y centrar la mirada y el corazón, para no perderse en las cosas ni en uno mismo:

No quieras derramarte fuera –*noli foras ire*–; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo... Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende (*v. rel.* 39, 72).

El *foris* lo padece el alma como una prisión, mientras que descubre el *intus* como seguridad y paz. Agustín vivió sucesivamente en su propia carne estas dos experiencias. Él entiende la conversión esencialmente como un *retorno a sí mismo* y una *rendición a Dios*.

Agustín insiste en este *regreso*, porque, según su propia confesión, “me vi lejos de ti, en la región de la semejanza” (*conf.* 7,10,16).

Yo caminaba por un lóbrego resbaladero, te buscaba fuera de mí y no hallaba al Dios de mi corazón (*conf.* 6,1,1).

La mente, alejándose de Dios se entenebrece, pero acercándose a él se ilumina, porque en Dios está la luz. Lejos de él agoniza, desparramada entre las cosas; acercándose a él recobra la vitalidad interior. Agustín insiste:

No te contentes con palpar la superficie, entra dentro de ti, penetra en lo más profundo de tu corazón (*s.* 348, 2).

Que cada uno entre en la ermita de su corazón y se examine a sí mismo sin adulación. La mayor tontería que puede hacer un hombre es la de tratar en vano de engañarse a sí mismo (*en. Ps. 85,7*).

Cuantos pretenden placeres y los buscan fuera de sí mismos fácilmente se dispersan por las cosas que se ven y son temporales. No hacen sino lamer con imaginación famélica meras apariencias (*conf. 9,4,10*).

Y lo que agrava el problema es que la dispersión se hace fuerte en la *costumbre*.

Pero luego –después de que me arrastras a una dulzura que no sé definir– vuelvo a caer bajo las pesadumbres penosas de las realidades de aquí. Vuelven a absorberme las ocupaciones ordinarias que me tienen atado, y lloro mucho, pero sigo atado. ¡Tanto es el poder de la costumbre! Puedo estar aquí, pero no quiero. Quiero estar allí, pero no puedo. ¡Infeliz en ambos casos! (*conf. 10,40,65*).

El camino ha sido largo, con experiencias de todo tipo y, al final, fecundo por la misericordia de Dios.

Cómo se fraguó el regreso

La salida de huida y el caminar sin meta y sin criterio no facilitan el hallazgo de lo que (no se sabe bien) se está buscando. Es lo que le pasó a Agustín que, “queriendo, había llegado adonde no quería llegar” (*conf. 8,5,11*). Este es el final de un salir atolondrado a la caza de lo que no es una realidad exterior, sino que está dentro de uno mismo. Agustín no sabía que, en el fondo, estaba buscando a Dios, y se abalanzó sobre las cosas y experiencias, para ir desechando las que no le servían (la cultura del ‘usar y tirar’), hasta que, desfondado por su fracaso, cayó en la cuenta de que estaba equivocado.

El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera te andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas. Tú estabas conmigo (dentro de mí), pero yo no estaba contigo (*conf. 10,27,38*).

No pierde Agustín la oportunidad de profundizar en un análisis minucioso sobre sí mismo, para dar explicación de sus errores, dejando al descubierto el origen de su fracaso, buscar fuera la plenitud de la vida.

Y tú, Señor, entre palabra y palabra, hacías que me replegara y me retorciera sobre mí mismo, arrancándome de detrás de mis espaldas, que era donde me había instalado para no verme, y poniéndome delante de mis ojos, para carearme conmigo mismo y poder contemplar lo feo, deforme, sucio, manchado y ulceroso que estaba. Mi propia visión me infundía horror, pero no tenía adonde huir de mí mismo (*conf. 8,7,16*).

El deseo y la urgencia de Agustín por conocerse, para poder sanar, es lo que lo lleva a clarificarse y a entrar en razón. No es momento de jugar a la ambigüedad o al despiste, sino de decirse a sí mismo las cosas claras.

No seas frívola, alma mía, ni aturdas el oído del corazón con el alboroto de la vanidad. Entérate tú también. Es la Palabra en persona la que te grita que vuelvas, porque solo hallarás un lugar de descaso inalterable allí donde el amor no es objeto de abandono si no nos abandona él (*conf. 4,11,16*).

La cordura es siempre *regreso al corazón*, volver a plantearse la vida de tú a tú, de persona a persona, sin anónimos ni excusas en terceros, con la valentía de asumir los éxitos y fracasos. En clave de revisión de vida se nos invita a entrar dentro, a

escuchar con sencillez de corazón y a disponernos a seguir al Maestro. Agustín se apoya en este caso en Isaías.

(Dios) está en lo más íntimo del corazón, pero el corazón se ha ausentado lejos de él. Prevaricadores, volved al corazón y adheríos a aquel que os ha creado. Manteneos en su compañía y alcanzaréis estabilidad. Descansad en él y hallaréis sosiego. ¿Adónde vais por caminos impracticables? ¿Adónde vais? El bien que amáis procede de él... ¿Qué interés tenéis en seguir sendereando por trochas y vericuetos trabajosos? El descanso no está donde lo buscáis. Buscad lo que buscáis, pero que conste que no está donde lo buscáis. Estáis buscando la vida feliz en la región de la muerte. No está allí. ¿Cómo va a haber allí vida feliz, si ni siquiera hay vida? (*conf.* 4,12,18).

Encuentro con la Verdad

Al final, Agustín se deshace del nudo que lo ata a lo exterior, es decir, rompe con la cultura dominante del ‘dejarse llevar por la corriente’, del ‘usar y tirar’, vivir a golpe de sentido, buscar el éxito y la fama. Comienza a buscar con los amigos un camino nuevo, el del silencio, el estudio, el diálogo, la interioridad. Por esa vía, la de la verdad, entra en el círculo de la vida, es decir, recibe la vida de Cristo por el bautismo, y confiesa desbordado:

Nada más acabar la lectura de este pasaje (Rom 13,13), sentí como si una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mi duda (*conf.* 8,12,29).

Agustín reconoce que este encuentro con la verdad, que lo libera de sí mismo y le da un respiro de vida en plenitud, no es mérito ni hallazgo suyo, sino de la fe de su madre Mónica, que, al recibir la noticia de su propio hijo, “salta de gozo, celebra el triunfo”, bendiciendo a Dios, que es “poderoso para hacer más de lo que pedimos y comprendemos” (*conf.* 8,12,30). Y Agustín, por su parte, hace notar el cambio operado en él: “Me convertiste a ti de tal modo, que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo” (*conf.* 8,12,30).

El hombre por sí solo no puede más que dispersarse, alejarse siempre más de sí mismo y de Dios. Pero carece de fuerzas para rehacerse. Solo nos rehace quien nos ha hecho:

Y es que tus manos, Dios mío, no desamparaban a mi alma, de acuerdo con los designios ocultos de tu providencia... Tu actuación en mi persona se sirvió de métodos asombrosos. Todo fue obra tuya, Dios mío, porque el Señor dirige los pasos del hombre. ¿Y quién puede agenciarnos la salvación sino tu mano, restauradora de su propia obra? (*conf.* 5,7,13).

En ti no pudiste hacer más que perderte; no sabes encontrarte, a no ser que te busque aquel que te hizo (s. 13, 3).

Dios no nos abandona. Llama constantemente, nos busca, nos espera, nos sale al encuentro, invita interiormente. La voz de Dios suena constantemente durante la dispersión. Pero no la escuchamos a causa del ruido de las cosas.

Me había hecho duro de oído el tintineo de las cadenas de mi mortalidad, que eran el castigo de mi alma orgullosa. Iba alejándome cada vez más de ti, y tú hacías la vista gorda (*conf.* 2,2,2).

Por eso necesitamos crear una *zona de silencio* interior, aunque se trata más bien de una *atención del espíritu* y de una disposición personal a escuchar y,

consiguientemente, a responder. Junto al atractivo de las cosas y su fascinación, que reclaman nuestra atención y hunden a la persona en la vaciedad de la dispersión, existe otro reclamo, otra voz que marca un camino totalmente nuevo.

La inquietud es el reclamo y la llamada de Dios, “porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (*conf.* 1,1,1). Esta inquietud que llevamos dentro es la que nos rescata de vivir a la intemperie de la exterioridad y nos salva de perecer en la costumbre o indolencia. No nos deja reposar en el error y lejos de Dios, que es nuestro único descanso.

Con una sonrisa alentadora a flor de labios, es como si me dijera: “¿Es que no vas a ser capaz de ser lo que fueron estos y estas? ¿O es que estos y estas lo pueden por sí mismos, sin apoyarse en el Señor su Dios?... ¿Por qué te apoyas en ti mismo, si careces de estabilidad? Lánzate en él. No temas, que no se retirará para que caigas. Lánzate tranquilo, que él te acogerá y se sanará” (*conf.* 8,11,27).

Agustín rompe el cerco de la costumbre

Gracias a la misericordia del Padre, Agustín rompe el cerco de su voluntad débil y apuesta por el ‘ahora mismo’. Con este lance quedaba atrás, definitivamente resuelta aquella pregunta angustiada de Agustín:

Al sentirme prisionero de ellas –maldades–, daba voces lastimeras: “¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a mis torpezas?” (*conf.* 8,12,28).

¿Por qué no *hoy mismo*? Nada del ‘cras, cras’ o la costumbre, que adormece. Agustín cae en la cuenta de que, para ser feliz no necesita tener tanto ni preocuparse tanto de sí mismo, sino decidirse a entrar en un círculo mayor. “Todo el fondo del problema estribaba en esto: en dejar de querer lo que yo quería y en comenzar a querer lo que querías tú” (*conf.* 9,1,1).

El *dar largas* no es legítimo; es una deslealtad ante el amigo. Y para uno mismo es una incoherencia. Queremos ser felices, pero somos bastante torpes para garantizar el cómo conseguirlo. Una persona inteligente, madura y que está al día en casi todas las cosas no puede permitirse la tontería de vivir en *precario* o en el juego de la *improvisación*. Lo que forma parte de nuestra labor, preocupación o gozo de todos los días y para largo hay que organizarlo y garantizarlo bien desde el principio y de una vez. No sirve vivir al ritmo que nos impongan desde fuera o a golpe de sentimientos: generosos o tacaños, piadosos o fríos, dispuestos a todo o ausentes, según nos despertemos o el tufo del ambiente.

La Verdad en persona: El Cristo humilde

Aunque de alguna forma Agustín honradamente se venía preparando para este encuentro con la Verdad y la buscaba sin saberlo, es el Padre quien le sale al paso con una llamada inesperada y aparentemente absurda: *¡Toma y lee!* A partir de ese encuentro, el Agustín convertido está en condiciones de vivir la nueva *cultura del encuentro*, que le enseña a ir recolocando cada cosa, su saber y experiencias a la luz nueva de la humanidad del *Cristo humilde*. El Agustín soberbio de antaño no podía

imaginar lo mucho que iba a aprender de una talla tan deforme y tan poco edificante: el Crucificado.

Andaba yo buscando el procedimiento para adquirir fuerzas que me capacitaran para gozarte, pero no lo hallaba, sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Al no ser humilde, no me cabía en la cabeza que ese Jesús humilde fuera mi Dios. Tampoco comprendía de qué podría ser maestra su debilidad (*conf.* 7,18,24).

Ahora ha aprendido a descansar en la Verdad, no en sí mismo ni en el eco tornadizo de la fama. Su estabilidad anímica y sus sensaciones ya no dependen del exterior, ni siquiera fundamentalmente de sí mismo. Ya no se mide ni valora por lo que hace, sino por lo que ama: “Mi amor es mi peso, él me lleva adonde soy llevado” (*conf.* 13,9,10). Es la nueva forma de medir, una cultura nueva, la del amor humilde y servidor. La registra para un mundo nuevo, al que va a entregar su vida sin descanso. Desde esa perspectiva y con ese criterio de valor, activa la plataforma de la *cultura del corazón*, en la que recupera todo lo anterior (cultura, relaciones, tiempo, compromisos) en una nueva perspectiva humana (de servicio como sacerdote y pastor) y espiritual (se dedica al estudio de la Sagrada Escritura, a la meditación y a la oración), las dos inseparablemente unidas.

La novedad de este encuentro con Dios-Verdad es impactante para Agustín, que nos invita a reflexionar sobre nuestra propia vida, para no retrasar ese momento de poder transformador de vidas.

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te ame! El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera te andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas. Tú estabas dentro conmigo, pero yo no estaba contigo. Me tenían prisionero lejos de ti aquellas cosas que, si no existieran en ti, serían algo inexistente. Me llamaste, me gritaste, y desfondaste mi sordera. Relampagueaste, resplandeciste, y tu resplandor disipó mi ceguera. Exhalaste tus perfumes, respiré hondo, y suspiro por ti. Te he paladeado, y me muero de hambre y de sed. Me has tocado, y ardo en deseos de tu paz (*conf.* 10,27,38).

Agustín ya ha dado con la tarjeta de identidad con valor definitivo, sin que dependa del vaivén de los tiempos, cultura o costumbres. La tarjeta universalmente válida del *amor*. Para saber a qué da derecho y hasta dónde se puede llegar con esta tarjeta, en una síntesis genial de lo divino con lo humano, Agustín alardea de su buena salud, al proclamar a los cuatro vientos que su tarjeta del amor está activada:

Soy plenamente consciente y no tengo la menor duda de que te amo, Señor. Has herido mi corazón con tu palabra y te he amado... Pero ¿qué es lo que amo cuando te amo a ti? No una belleza corpórea, ni una armonía temporal, ni el brillo de la luz, tan apreciada por estos ojos míos; ni las dulces melodías y variaciones tonales del canto ni la fragancia de las flores, de los ungüentos y de los aromas, ni el maná, ni la miel, ni los miembros atrayentes a los abrazos de la carne. Nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo una especie de luz y una especie de voz, y una especie de olor, y una especie de comida, y una especie de abrazo cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, comida y abrazo de mi hombre interior (*conf.* 10,6,8).

La clave de la recuperación de Agustín está en el encuentro con el Jesús humilde, que pasa a ser el maestro interior de la escuela de interioridad y de la *cultura del corazón* que acaba de inaugurar. Él es consciente de que el Padre lo ha liberado del

pasado rompiendo sus cadenas, que fue bueno y misericordioso con él al explorar la profundidad de su muerte y desecar con su derecha el abismo de su canceroso corazón, para convertirse en su ayudador y redentor. Para decirlo todo de una vez, Agustín nos regala esta confesión humilde y arrebatada de amor agradecido:

¡Qué dulce me resultó de golpe carecer de la dulzura de las frivolidades! Antes tenía miedo de perderlas y ahora me gustaba dejarlas. Eras tú quien las ibas alejando de mí. Tú, suavidad verdadera y suprema, las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas. Tú, que eres más suave que todos los placeres, aunque no para la carne y la sangre. Tú, que eres más resplandeciente que toda luz, más escondido que todos los secretos, más encumbrado que todos los honores, aunque no para los que están encumbrados a sus propios ojos.

Mi espíritu estaba libre ya de las angustias inquietantes que entraña la ambición, el dinero, el revolcarse y rascarse la sarna de las pasiones. Y platicaba contigo, Señor Dios mío, claridad mía, mi riqueza y mi salvación (*conf.* 9,1,1).

Agustín seguirá moviéndose en medio de un mundo de múltiples ofertas y de seducción que ya conoce, pero ya lo mira con otro criterio y con otra cultura, que lo invitan a pasarlo todo por el corazón. No le van a faltar problemas, pero ha recobrado la paz y se siente libre y feliz. Desengañado por la cultura del ambiente, entra en el círculo de la *verdad*, apoyado en el encuentro con el *Cristo humilde*, que lo lleva de la mano al corazón del Padre. Aquí encuentra la fuente inagotable de la nueva *cultura del corazón*.

LA CULTURA DEL CORAZÓN

Agustín ha pasado a la historia como *doctor* en el saber y maestro de doctrina. Así lo ha reconocido la Iglesia al incluirlo entre los Padres de Occidente. Pero también merece un reconocimiento como creador de una cultura nueva, la *cultura del corazón*. Esta originalidad e identidad es lo que hemos heredado sus hijos de la familia agustiniana. Es responsabilidad nuestra mantener viva esa llama, que ilumina y nos conforma como hijos suyos al servicio de la Iglesia. Agustín fue original al responder a la cultura recibida con una oferta novedosa en su tiempo y válida hoy para nosotros. No se trata (solo) de un saber, de un caudal de conocimientos transmitidos en forma no académica a través de sus sermones y escritos, sino, sobre todo, de una postura vital, de una manera de entender la vida, de una actitud personal, de un servir en gestos comprensibles todo el saber almacenado, de forma que Agustín, por la transparencia y frescura de sus escritos, ha gozado de carta de ciudadanía en cada época de la historia. Por eso, sin duda, sigue siendo el *Augustinus semper noster*.

Bases para una cultura del corazón

- La verdad es punto de partida y de encuentro, al que hay que llegar sin ventajas ni concesiones.
- Conciencia de buscador sincero, sin prejuicios y sin miedos. Los prejuicios cierran el camino a la verdad, y los miedos impiden los pasos necesarios para

comprometerse: “Dame la castidad y la continencia, pero no ahora” (*conf.* 8,7,16).

- Apertura y disponibilidad. Sin estos requisitos no tiene sentido pretender entrar en diálogo con nadie. Si no estás dispuesto a escuchar o te reservas la firma, que queda sometida a tus condiciones subjetivas, no juegas limpio; es inútil sentarse a la mesa con las cartas marcadas.
- El encuentro es una opción de verificación y crecimiento con matices claramente personales. Eres tú, en tu conciencia, quien decide jugar esa partida, para ganar. El éxito está asegurado de antemano, si participas con lealtad, pues no depende de lo que encuentres en tu experiencia (bueno o malo, éxitos o fracasos), sino de que estés dispuesto a encontrarte contigo mismo (*noverim me*) y, sobre todo, de que tomes conciencia de haberte encontrado ya con quien te comprende y rehabilita (*noverim te*). Tal vez te descubras como *miser homo*. No te inquietes ni pierdas el ánimo. Ten paciencia, porque al mismo tiempo vas a descubrir que a tu lado, frente a ti, está la medicina necesaria de la misericordia divina. Así queda restablecido el equilibrio, que solo en parte depende de ti. Lo más importante de esta nueva construcción de ti mismo está en las manos y en el corazón del Padre. Esto también lo tuvo muy claro Agustín, cuando confiesa agradecido al Padre: “Tú descongelaste mis pecados” (*conf.* 2,7,15), y se encuentra con la sensación tranquilizante de que “tú, Señor, fuiste bueno y misericordioso al explorar la profundidad de mi muerte y al desecar con tu derecha el abismo de mi canceroso corazón” (*conf.* 9,1,1).

Agustín da un paso de gigante con su confesión humilde que abre el camino a la misericordia: “Mis flaquezas son muchas y grandes, sí, muchas y grandes. Pero tu medicina (tu misericordia) es mucho más efectiva” (*conf.* 10,43 69).

La clave está en que Agustín supo decidirse a ocupar el lugar que le correspondía como pecador: “Mira que no trato de ocultar mis llagas. Tú eres el médico, yo soy el enfermo. Tú eres misericordioso, yo miserable” (*conf.* 10,28,39).

Ámbito de la cultura del corazón

La *cultura* que patenta el Agustín converso y su *forma de entender la vida* no encierran a la persona en un mundo individual, frío, insensible y desconectado del mundo y de la historia humana, más bien le abren perspectivas nuevas que abarcan la totalidad de la mirada e implican a la vez la mente y el corazón en una unidad fecunda y sugerente. Desde su atalaya de experto cargado de experiencia, está preparado para bucear en las cloacas de la miseria humana y, a la vez, para alzar la vista y descansar en quien es capaz de dar respuestas y acompañar en el camino con una presencia que “no abandona, si no es abandonado”. Enuncio solo algunos frentes de aplicación de esta cultura del corazón.

- Cultura de la *búsqueda inquieta*, frente al consumismo, pereza, individualismo y la pasividad de la costumbre arrolladora.
- La cultura de la *interioridad* como método, sin la que es imposible alcanzar la temperatura necesaria para generar vida, permaneciendo siempre conectados al Maestro Interior.
- Cultura del *diálogo* frente a la cerrazón, dogmatismos, pensamiento único e intransigencia. Disfrutar de la vida compartida, olvidando ventajas personales y asumiendo las diferencias. La *vida en comunidad* es lugar privilegiado para el diálogo y el encuentro fraterno.
- Cultura, sobre todo, del *corazón*, como respuesta cercana y a la medida del hombre peregrino, solitario y asaltado por la insolidaridad, la insensibilidad, la incompreensión y la injusticia.

QUÉ NOS ENSEÑA LA EXPERIENCIA DE AGUSTÍN

Nos cuesta reconocer que somos humanos, *frágiles*, tornadizos y, por lo tanto, expuestos a perdernos en las salidas y en la búsqueda de soluciones a nuestra medida. No olvidemos que estamos inclinados a lo que nos agrada y nos aporta una gratificación inmediata, rehuimos el esfuerzo y nos cuesta enfrenarnos a los problemas. Nos resulta fácil catalogar a los que nos parecen egoístas, soberbios, perezosos, poco humanos. No estaría mal que nos prestáramos a una fotografía por parte de un hermano dispuesto a decirnos la verdad. Agustín se hizo un selfi crudo en sus *Confesiones*.

Solo sanan y maduran los *buscadores de la verdad*. Esta actitud imprescindible, unida a la *humildad*, nos rescatará siempre del pozo de la subjetividad e indiferencia. A Agustín le costó mucho descubrir esa carta, pero al final la jugó con maestría. Lo suyo, según el propio relato, no es cuestión de confesar caídas, sino de reconocer ayudas y agradecer la misericordia del Padre, que lo rescata y sana.

Los decididos a vivir despiertos *luchan incansables contra la costumbre*. Agustín no se dejó doblegar por su vida enredada, sino que, alertado por su desasosiego, siguió buscando. Se apoyó en los amigos con los que cruzaba sus pensamientos, desencantos y preocupaciones; se retiró para pensar, para seguir buscando, lejos del ruido y de los afanes de la vida. El ambiente y la cultura en la que vivimos no facilita el recogimiento, el silencio, el estudio, la decisión libre. Nos envuelve y adormila. De ser una oferta al servicio del consumidor para que crezca y sea libre, pasa a engullir a los que atrapa en las redes de los propios intereses.

Necesitamos mirarnos con *realismo*. Volver al corazón, sin escapismos ni fantasías. Somos lo que somos ante Dios, no lo que nos gustaría ser o lo que creemos que somos. Sí, somos hijos de Dios, pero resulta más fácil jugar el papel de pródigos

que el de la fidelidad. Seamos realistas a la hora de intentar una puesta a punto para ponernos en camino con expectativas nuevas.

Nada definitivo consiguió Agustín hasta que, soltando amarras, se dejó vencer y envolver por la *gracia*. Todo su afán por la cultura cambió de repente al descubrir y encontrarse con el Dios de la verdad y la belleza. El encuentro con Cristo y las relaciones vitales con el Maestro interior nos habilitan para otros encuentros fecundos en el servicio a los hermanos.

Agustín ha dejado muy claro que es en el *hombre interior* donde fraguan y se funden la verdad y la vida. Ahí, en ese recinto sagrado, se da el *encuentro* que no necesita de espacios exteriores (figuras, luces, ruidos), sino de un *corazón* capaz de sintonizar en la misma onda del corazón del Padre. Es muy importante cargarlo de conocimientos, pero sobre todo de *humanidad* (todos somos hermanos) y de *disponibilidad*, para ponerse al servicio de los demás (eres don para tus hermanos).

LECTIO AUGUSTINIANA

¿Qué me dice a mí hoy el testimonio de Agustín?

Tal vez nos sentimos tan desalentados, que ya casi tiramos la toalla. Ante tantas preguntas sin respuesta, intentos fracasados, mentiras y abusos de poder, ante la injusticia y caos vendidos como progreso y libertad, alguno puede llegar a la conclusión de creer que todo está perdido, que ya nada se puede hacer. Es la tentación más lógica, para desentenderse de la búsqueda, que es la primera receta de Agustín.

Para no desinflarnos y desaparecer en una cultura ‘líquida’ y para dar respuestas a un mundo en caída libre, necesitamos hacer una lectura comprometida del presente, una *lectio augustiniana*, ajustada al contexto vital y social en que vivimos. Una mirada atenta y sincera a nosotros mismos, siempre necesaria, nos permite ver solo una parte de lo real, tal vez lo menos aceptable, nuestra fragilidad. Es necesario seguir buscando. Y, si dentro de ti, por más vueltas que le das, crees que ya has agotado todos los recursos y no encuentras lo que te hace falta, no caigas en la trampa de creer que lo que necesitas y estás buscando está fuera o no existe. Agustín recorrió caminos parecidos a los tuyos, hasta el límite de creer que ya no le quedaba otra alternativa que la de ‘huir a la soledad’ (*conf.* 10,43,70). Tenía la sensación y la angustia de haber perdido el último tren.

Pero al final, encontró la clave: por una parte, controlar los contactos con el mundo exterior, lo sensible y material; y, por otra, con paciencia, tomarse en serio un nuevo intento: *entrar dentro de sí*. Así cayó en la cuenta de que disponía de una olvidada herramienta humana de búsqueda, no como *último recurso*, sino como el arma primera y más potente, imprescindible para una *cultura del corazón*.

Esto me deja profundamente admirado y lleno de estupor. Se desplaza la gente para admirar los picachos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos (*conf.*10,8,15).

PAUTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

1. ¿En qué forma de cultura vivo mi vida? Párate a pensar y discierne con realismo. Deja que el Espíritu te descubra tu verdad.
2. ¿Estás dispuesto a entrar en lo escondido de tu corazón, para descubrir las verdaderas razones de su querer y obrar?
3. En mi vida, ¿tengo activado el *motor de búsqueda*, como actitud de compromiso con los signos de los tiempos, y estoy dispuesto a gastar mi vida en el servicio los demás?
4. ¿Me dejo llevar por la superficialidad, la inercia, la comodidad y la costumbre?
5. ¿Aprovecho el *diálogo* como elemento de purificación y crecimiento personal, y a la vez como herramienta que me abre a los demás?
6. Mi vida, en sus detalles, ¿está orientada al servicio de los demás o más bien delata intereses personales de disfrute y comodidad?

PEDRO MERINO CAMPROVÍN OAR
Monasterio de Yuso
San Millán de la Cogolla (España)



Instituto de Espiritualidad e Historia
Curia General